

NACIONALISMO Y GLOBALIZACIÓN



JOSÉ MANUEL SERRANO

EL CÉLEBRE E INFLUYENTE LIBRO del politólogo norteamericano Francis Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre* (1992), tiene ya 25 años. Como buen discípulo de Samuel Huntington (*El choque de civilizaciones*), Fukuyama veía el progreso de la Historia y los avances sociopolíticos en términos dicotómicos de opuestos en lucha permanente. Con una proyección teológica de la civilización y las ideologías, Fukuyama proponía en aquel libro una interesante tesis. Tras la caída del régimen soviético y el fracaso de la apuesta comunista, el vencedor total había resultado ser el modelo liberal-capitalista defendido desde 1945 por Estados Unidos. Liderando un mundo regido por un ideal de libertad política y mínimas

La potente fuerza de la construcción mental que es la Nación es un vector histórico que otorga niveles de cohesión difíciles de describir, pero omniscientes.

barreras económicas, la tenaz pugna derivada de la Guerra Fría había acabado con una victoria absoluta y contundente de aquel modelo socioeconómico que defendía un proyecto ideológico basado en la globalización del liberalismo con sus dos caras visibles: la política y la económica.

De hecho, ese proyecto había comenzado mucho antes, con el propio nacimiento de la República

norteamericana en el siglo XVIII, bajo el dominio de un régimen democrático y sin limitaciones sobre el modelo económico de desarrollo. Prosiguió durante el siglo XIX en el contexto de la guerra de Secesión, defendiendo la libertad para los *negros*, y se ancló en el siglo XX cuando el presidente norteamericano Wilson, en 1918, defendió la creación de la Sociedad de Naciones como un mecanismo para expulsar la guerra, como forma para la resolución de conflictos, casi siempre de tipo nacionalista. Al liderar los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial el *arsenal de la democracia*, los norteamericanos no hacían más que continuar su visión (Destino Manifiesto) defensora de un mundo en donde los ideales liberales, parlamentarios, democráticos y de libre comercio dictaminaran por sí mismos las interrelaciones a nivel global, regidos únicamente por la *mano invisible* de la economía y las finanzas, exponentes de un sistema político superior. Hay que reconocer que la teoría de Fukuyama no estaba exenta de atractivo e incluso hasta de lógica causal.

Sin embargo, el 11-S y la segunda guerra de Irak en 2003 insertaron en el panorama internacional e ideológico actores aparentemente desconocidos. La aparición del fenómeno yihadista, la abierta imposibilidad de resolver el conflicto palestino-israelí, la pervivencia en Latinoamérica del populismo, la supervivencia de China como régimen comunista, pero con un desarrollo económico espectacular, y la renuente actitud de pueblos otrora bajo la égida de la antigua Unión Soviética en la zona

del Cáucaso deseosos de lograr una auténtica libertad, demostraron a Fukuyama y sus adalides que la especie humana es reticente a dejarse encasillar por teorías en apariencia lineales que provocaran el *fin de la Historia*. El supuesto triunfo del modelo de la globalización político-económica, propuesto por el antiguo alumno de Harvard, evidenció a principios del siglo XXI una resistencia a cumplirse que sin duda causó un auténtico trauma a su creador.

Haciendo alarde de algo poco común, Fukuyama rectificó años más tarde su planteamiento original. No era muy sabio nadar contracorriente y contra la propia evidencia. ¿Qué había ocurrido?

Ni el pensador norteamericano ni otros muchos tuvieron en cuenta un sustrato básico de las sociedades humanas, independiente del tiempo y el espacio. Algo tan “primitivo” y natural como el sentimiento nacional, la percepción identitaria, la aptitud mental de compartir valores, creencias, historia y tradición son aspectos poderosos e igualmente dinámicos. La potente fuerza de la construcción mental que es la Nación es un vector histórico que otorga niveles de cohesión difíciles de describir, pero omniscientes. Los pensadores “modernos” creyeron que los estadios ancestrales del idealismo romántico nacionalista del siglo XIX, que construyó el Estado liberal actual en concomitancia con la efervescencia de las ideologías parlamentarias y democráticas decimonónicas, había dejado paso a la construcción superior de un entramado de inexistencia orgánica de las ideologías. En ese mundo perfecto e ideal, la globalización suponía el *fin de la Historia* en sentido laxo, el logro supremo de la igualdad. Dicha igualdad estaba representada por la economía global, la sensación de pertenencia a una casa-mundo, en donde las posibilidades son equitativas para todos gracias a las bondades del liberalismo económico y su cobertura política, la democracia.

Pero, aunque tardíamente, Fukuyama y otros muchos comprendieron por fin la tercera ley de Newton, es decir, la ley de acción-reacción. Las sociedades rechazan las imposiciones que pretenden arrostrar con su pasado, con su identidad, con sus valores. El mundo tras la caída del

Muro de Berlín tendió, ciertamente, a incrustar la esencia de la globalización tiznada con la bondad de una economía global y unas estructuras políticas aparentemente democráticas. Pero incluso la vieja Europa rechazó el planteamiento consciente de que el costo de entrar en el *paraíso* era dejar atrás un pasado milenarista y unas diferencias culturales y nacionales que le han dado categoría propia a todos y cada uno de los pueblos europeos.

Las sociedades rechazan
las imposiciones que pretenden
arrostrar con su pasado, con su
identidad, con sus valores.

Los británicos no abandonan Europa ahora con el famoso *Brexit*. Ellos nunca estuvieron plenamente en esa construcción llamada Unión Europea. No quisieron menoscabar su esencia, aceptando la supeditación comunitaria de su destino, y quedaron fuera del euro desde el primer momento. Cuando observaron que estar entre los europeos representaba perder parte de su esencia británica, decidieron que era mejor mantener sus tradiciones *british*, porque están directamente relacionadas con la plena independencia política, intelectual y espiritual. Las instituciones europeas no han logrado ningún consenso político unitario porque prácticamente ningún Estado está dispuesto a dejar escapar el control sobre su *interés nacional*. El fracasado proyecto de Constitución Europea fue un ejemplo de ello. Francia y Holanda se vieron envueltas en una oleada de nacionalismo que movilizó a amplias capas de la población para negar la aprobación. Como resultado, la tal llamada Constitución es un papel mojado sin efecto alguno. El Tratado Schengen de libre circulación de personas —que es realmente un instrumento más del espacio globalizado— ya está siendo discutido por varios países porque supedita la libertad nacional a acoger personas a un proyecto unitario europeo que se está resquebrajando poco a poco.

El resurgir de partidos nacionalistas más o menos radicales en Francia, Austria, Holanda, Dinamarca o Italia es una reacción directa al rechazo a perder valores identitarios que los marcaron —para bien o para mal— desde hace siglos. Los problemas de seguridad a causa del terrorismo yihadista son el arma discursiva de algunos de estos grupos emergentes nacionalistas, pero en realidad estuvieron siempre larvados en espera de una coyuntura favorable como la actual. Y esto es así porque el proyecto globalizador, a pesar de ser vendido como un espacio principalmente económico y fiscal, supe- dita el resto de valores y compromisos nacionales a un supuesto bien comunal.

El mundo multipolar actual es un reflejo directo de esta tesitura, que ni mucho menos es única de Europa. La Rusia de Putin lleva años trasladando el discurso de la Madre Rusia y del paneslavismo como eje articular de defensa de su esfera de interés nacional. La incorporación de Crimea a Rusia y la soterrada guerra con Ucrania son un fiel reflejo de ello. Los múltiples Estados balcánicos están de nuevo haciendo alarde de sus fronteras nacionales frente a la infiltración de extranjeros, pero también de ciudadanos de países vecinos cuyo sustrato identitario es rechazado como ajeno.

China es refractaria a perder su pasado milenario, sus tradiciones culturales, su idiosincrasia. Ha buscado y encontrado un modelo híbrido de un capitalismo controlado férreamente por un Estado centralizado y dictatorial, porque entiende que es el único camino para marcar diferencias con el modelo globalizado. Pretender que China se democratice es una quimera. El gigante asiático es el único Estado del mundo que jamás ha tenido en su larga Historia ni un solo día de régimen democrático unitario para todo el territorio. Incluso Mao utilizó la tradición imperial histórica para legitimar su Revolución ante un pueblo que siempre estuvo bajo los pies de un poder unipersonal. Pakistán o la India se marcan entre sí distancia, basándose en su historia, cultura y religión diferenciadas, e incluso en el Próximo Oriente la Primavera Árabe se hizo para evitar que algunos de sus Estados continuaran bajo la influencia política y económica de Estados Unidos, y aun de Rusia. Negar

que exista un nacionalismo árabe heterogéneo es desconocer su pasado inmediato.

Por todo el mundo la reacción ha sido y será la misma. La emergencia del nacionalismo, del discurso de la patria y de las esferas del interés nacional son instrumentos que gozan de una gran aceptación popular porque son el único fermento que todo miembro de una comunidad va a comprender y asimilar de forma automática. No es que sea “primitivo”; es comprensible, intangible y presente en el tiempo, al margen de los regímenes políticos. Su discurso sencillo, directo, acoge a todos los integrantes de un pueblo, independiente de su estatus social y económico, y es una reacción muy natural al baldío intento de laminar las diferencias imponiendo una ilusión globalizadora. Estamos, sin duda alguna, ante un momento histórico de eclosión por reacción de eso que, pese a ser intangible, todos comprendemos: la Nación. ■

{ *Novedad* }

*Dos velorios. San Carlos,
en el camino del perdón*

Hugo de Jesús
Tamayo Gómez

Hilo de Plata Editores
Medellín, 2017

151 p.

